

racionalistas exclusivamente racionalistas son los pequeños, los infelices racionalistas. Son los Monsieur Homais, el boticario de *Madame Bovary*. En vez de tratar de hacer inteligible lo sensible e integrar, mediante la razón, todo lo que hay en el hombre que no es sólo razón, lo dejan de lado. El diálogo se interrumpe. No hay forma de discutir con ellos, de entenderse discutiendo con ellos. Y por eso son ellos los que tienen siempre la última palabra.

Si el racionalismo absoluto es inconcebible en un filósofo, para qué hablar de un filósofo *doublé*, como se dice en francés, de un artista, de un hombre de letras. Las ideas de Julien Benda son fértiles, vivaces. Julien Benda mantiene con el lector un diálogo ininterrumpido, lo incita a discutir, a rectificarlas, a completarlas. Conozco a pocos escritores que concilien con mayor elegancia sus antagonismos, que sepan contradecirse mejor, entendiendo por contradecirse señalar excepciones, hacer reservas, matizar su pensamiento, llegar con extremada prudencia a una delicada generalización. En su persona y en su obra, una obra a la vez tan abstracta y tan personal, los extremos se tocan. Hemos visto que Benda, al igual de Montaigne, afirma no interesarse sino en las ideas. Una tarde censuraba delante de mí la actual literatura francesa. Decía que era una literatura específica y antiintelectual, puramente verbal, formalista. (Era poco después de que apareciera *La France Byzantine*). «Con decirle –agregó– que Paulhan llegó a confesarme que no habría publicado en la *Nouvelle Revue Française* una obra como *Los Orígenes de la Francia Contemporánea*».

Yo me permití aducir que en una revista hubiera estado fuera de lugar. Es una obra demasiado extensa.

–No –contestó Benda–. Porque es una obra *con ideas*. Taine se propone una tesis y se esfuerza sistemáticamente en demostrarla, lo cual es rigurosamente opuesto a la concepción que tienen de la literatura nuestros modernos alejandrinos. Para Paulhan, eso no es literatura.

Yo insistía:

–Sin embargo, señor Benda, su *Discurso Coherente* apareció por entregas en la *Nouvelle Revue Française*.

Y él contestó:

–Sí, porque yo, contrariamente a Taine, he tenido siempre la preocupación de la forma. Pienso, acaso, que mis ideas no son lo suficientemente valiosas para prescindir de ella. Venero la retórica, cuyo objeto es hacer mi pensamiento más sensible, en tanto que existir es ser sensible, pero no admito que la belleza literaria de mi estilo pueda deformar o desviar mi pensamiento, a diferencia de Valéry, el blasfemo y brillante Valéry, que sostiene que debemos abandonar una idea por otra, cuando esta última se presenta bajo una apariencia más seductora.

Entonces recordé que Benda, en sus memorias, nos cuenta que, cuando abordaba un asunto teológico, se pasaba largas horas tratando de agregar

o suprimir una sílaba, a fin de que su estilo adoptara una cadencia armónica a su oído. Pero no recordé, en cambio, una confesión bastante sorprendente que hace en el tercer tomo de sus memorias, escrito durante la guerra, *Exercice d'un enterré vif*, y que ahora, después de muerto Benda, al releerlo para escribir esta conferencia, acabo de descubrir. ¿Qué me habría replicado Julien Benda si se la hubiese citado? Es el siguiente párrafo:

«Como desde hace cuatro años no puedo publicar nada en Francia, sólo leo mi pensamiento en publicaciones extranjeras. Siento, una vez más, lo que mis libros traducidos me hicieron siempre sentir. Mi pensamiento, expresado en una lengua que no es la mía, me deja totalmente indiferente, no me parece ya mi pensamiento. La idea que tengo de mi pensamiento es inseparable de la forma estética, sobre todo musical, que trato de darle en francés. No me conmueve ni me parece que concierna a mi pensamiento el hecho de que mi traductor encuentre en su propia lengua una equivalencia de esta forma. Por lo demás, ¿es acaso posible tal equivalencia?»

No parece una frase de Benda, sino de Valéry, del blasfemo y brillante Valéry.

Y citemos una anécdota más, para dar fin a esta conferencia. Un buen día, Benda comprueba que su actividad intelectual disminuye después de tocar el piano. Resuelve, entonces, desechar a los compositores románticos y dedicarse exclusivamente a los clásicos. Pero subsiste el estado de languidez, de confuso ensueño que deja en él la música. Entonces aparta también a los clásicos y se limita a tocar ejercicios, escalas, arpeggios. Hasta que comprende que el mal está en el sonido en sí, en el carácter de morfina que tiene la música. Y cierra su piano para siempre. Hace, a este propósito, una serie de curiosas y paradójicas reflexiones. Se pregunta si los grandes compositores no debieron de luchar con lo que hay de disolvente en la materia sonora. Si era por casualidad que Massenet no tenía piano. Si la gran potencia creadora de Beethoven en los últimos tiempos no se debía, sobre todo, a su sordera. Recuerda una carta de Wagner a Nietzsche. Wagner le escribe: «¡Ah, dichoso usted que puede embriagarse con mi música! Si yo escuchara *Tristán*, no podría componer *Los Maestros Cantores!*» Y, aunque no lo dice con estas palabras, Benda reconoce que la música, en su forma más musical, es impersonal. Nos procura una especie de visión del cosmos antes de que el hombre exista, nos sumerge en una pequeña orgía de infinito. Cuando resumí el *Discurso Coherente*, vimos que el *clerc* es por esencia un «infinetista», que su retorno a Dios significa su retorno a lo no determinado, a lo no personal. ¿Por qué, entonces, Julien Benda se defiende de la música? ¿Lo habremos sorprendido ahora, como hace un momento, cuando hablaba de la forma de sus escritos, en flagrante delito de apostasía? No. A lo sumo, de ubicuidad. Y

la ubicuidad no es un delito. Lejos de eso. Es un atributo privativo de Dios, que expresa la presencia de Dios en todas partes y a un mismo tiempo. Los escritores, los artistas, participan de este atributo divino en la medida en que son buenos escritores, buenos artistas, y en que sus obras, por claras, por nítidas, por articuladas que sean, son también lo bastante ricas y —¿por qué no decirlo?— lo bastante ambiguas para satisfacer las exigencias más dispares del lector, dándole, a la vez, lo que hay en el autor de más contradictorio, de más variado. Julien Benda pone al servicio de un ideal contemplativo su carácter impetuoso, y, para incitarnos a vencer nuestros sentimientos egoístas, para incitarnos a ser imparciales, a volver a lo no determinado, a lo no personal, se muestra lo más persuasivo, lo más personal posible: apela a todos los recursos de su temperamento, echa mano de todas las dotes de su inteligencia creadora: sentido crítico, energía, perspicacia, gracia, fuerza, ternura, combatividad. Se necesita mucha vida, mucha pasión, para predicar con éxito el renunciamiento a la vida y a las pasiones.

(Inédito, aproximadamente de 1957)

## Racine

«No hay más que un ser en el mundo al que usted exceptúa de su universal piedad: es Dios. Sí. Sólo a Dios usted nada le perdona. Usted lo ha acusado siempre, usted lo ha condenado a muerte en su corazón al negárselo. Usted tiene excusas para todos los jefes de Estado, para todos los jefes de partido. Usted se dice: no podemos juzgar porque no conocemos sus motivos, porque nos faltan elementos de información, porque ignoramos casi todo del drama en que están comprometidos. A algunos de ellos, usted les otorga su confianza, pero le niega su confianza a Dios, el Ser infinito, cuyos designios nos escapan forzosamente. Usted prefiere condenarlo a muerte».

Paule Régnier, *Journal*.

Uno de los temas fundamentales del teatro raciniano, y uno de aquellos por los cuales mejor podemos penetrar en él, es el odio a los dioses, o si se prefiere la blasfemia, y esto no sólo en las piezas que se sitúan en la antigüedad clásica, griega o romana, sino también en las dos últimas, las piezas ortodoxas, las piezas de la conversión, escritas por pedido de Mme. de Maintenon para las señoritas de Saint-Cyr: *Esther* y *Athalie*.

En *La Thébaïde*, la máquina montada por los dioses funcionará hasta la exterminación de toda la familia de Edipo, y todos los esfuerzos para frustrar las decisiones fatales serán vanas. ¿Qué le queda por hacer al